

la democracia con el trono, y si no lo pudo lograr en ninguna de las dos épocas citadas, fué porque no se debe echar vino nuevo en odres viejos, y así saltaron los odres, cuando el vino fermentó en 1790, porque la antigua monarquía no podía vivir con Cámaras legislativas, milicia y derechos naturales, y si se salvaron los odres en 1832, fué porque se arrojó al arroyo el vino que empezaba á fermentar. Lafayette no podía salvar en 1790 la monarquía y la dinastía francesa, pero podía salvar la libertad con la república constitucional.

Por su temerario empeño en realizar lo imposible, arrojó no sólo la monarquía y la dinastía que tanto amaba, sino la libertad y la república á la vorágine de 1793, que estuvo á punto de engullirle.

Lafayette tuvo en su mano en 1789 como en 1830, la república y la monarquía, y siempre se decidió por la monarquía, pero siempre quiso lo mismo, una monarquía popular. «Señor,—le dijo á Luís Felipe, cuando éste se disponía á recibir desde una ventana del Hotel-de-Ville, el trono y la corona que había dejado el último de los Borbones de Francia en manos de los barricaderos de París.—Señor; yo soy republicano y considero la constitución de los Estados-Unidos como la más perfecta que exista, pero creo que en la situación de Francia lo más conveniente es un trono popular rodeado de instituciones republicanas.» Tal fué el célebre programa del Hotel-de-Ville, el programa de la monarquía que nacía de las barricadas y debía morir en las barricadas. Por haber sido fiel á este programa murió Lafayette querido y honrado por todo el pueblo francés; por haber roto el pacto murió Luís Felipe lejos del cielo de la patria.

Lafayette unido desde los primeros días á la gran revolución, Lafayette erigido por dos veces en piloto de los destinos de Francia, pudo llevar por mejor dirección las corrientes políticas que siempre acabaron por entronizar el funesto bonapartismo, «defender y proteger la monarquía y apasionar el pueblo por la república,» tal fué la eterna contradicción de la vida de Lafayette, como justamente observó el elocuente Lamartine.

Otro monárquico, otro borbónico, otro hombre célebre, escritor insigne, genio brillante y profundo, el autor de *La Atala* y de *Los Mártires*, Chateaubriand, predicó también á su manera el americanismo.

Cuando el correo transatlántico trajo á Europa la noticia del recibimiento hecho á Lafayette en el Capitolio americano, ya hemos dicho que la vieja Europa se conmovió profundamente. Chateaubriand, «fiel á la línea de conducta que se había trazado desde la restauración y que era la de advertir á la corona todos los peligros que la rodeaban, y que veían sus amigos, pero que nadie se atrevía á revelarles,» tanto como llevado de la pasión catoniana que alimentaba contra las repúblicas americanas cuyo influjo en Europa temía, tomó la pluma, y en 24 de Octubre de 1825, escribía un artículo que escandalizaba á la Francia monárquica, cuanto enardecía á la Francia revolucionaria. Daba cuenta en este artículo de los discursos de Lafayette y del presidente Adams, y exclamaba: «¡Ah! ¡El mundo tal como se le lleva marcha á la república!...» Luís XVI fué el principal autor y la inocente víctima de la libertad americana. Ya no son los Estados-Unidos los únicos que vengan á influir en el espíritu de los pueblos; en rededor de ellos han creado un mundo republicano... La república representativa ha encontrado todas sus formas, y esta república que se hubiera podido rechazar con la monarquía representativa francamente admitida, está dispuesta para consagrar las libertades desconocidas. Todo anuncia que una revolución general se opera en la sociedad humana. Las repúblicas ocupan una inmensa parte de la Tierra en las orillas de los dos Océanos. América se transforma y viene á arrojar, mundo nuevo y civilizado, su peso en la balanza de los imperios. Todo, pues, nos hace creer que la especie humana marcha á nuevos destinos. Hubo un día en que fué posible establecer en las Américas españolas el sistema monárquico con una verdadera libertad, mas el interés de los pueblos y de los reyes ha sido inmolado á bajas envidias, desde este día el sistema del mundo ha cambiado. Sin precaución alguna nuestros gobernantes han lanzado al mundo una república de la más formidable especie para la seguridad doméstica y para la de las colonias, para los intereses de la propiedad y para la estabilidad del orden monárquico. No se puede hacer hoy que América no sea republicana, ya se verá más pronto ó más tarde á donde conduce á la Europa monárquica. El tiempo de las ingratitudes republicanas ha ya pasado, porque se ha reconocido que la ingratitud es estéril, y en último resultado funesta.» En defensa del artículo que acabamos de extractar, escribía

cuatro días después, en el mismo *Conservador*, otro nuevo, que decía:—«Hubo un tiempo en que no había más mundo civilizado que Europa, y en esta Europa no existían más que cinco ó seis grandes potencias, cuyas colonias no eran otra cosa que apéndices más ó menos útiles. Hoy día existe una América independiente y civilizada; en esta América hay seis grandes Estados republicanos, dos ó tres más pequeños y una monarquía constitucional. Esas nueve ó diez naciones, arrojadas de improvise á uno de los platos de la balanza política, hacen comparativamente el peso de las monarquías europeas más ligeras. Ya no resolverá sobre el destino de la sociedad cristiana en adelante una querrela entre Francia, Austria, Prusia, Rusia é Inglaterra. La diplomacia, el principio de los tratados de comercio y de alianza, el derecho político, van á recomponerse sobre nuevas bases. Las antiguas denominaciones, los antiguos recuerdos, pierden también su autoridad en medio de las recientes generaciones, en medio de las juveniles esperanzas de un Universo que se forma en otro orden de ideas.»

A los cinco años de haber escrito Chateaubriand los artículos que dejamos ligeramente extractados, la revolución triunfante de 1830, ponía al huésped del Presidente Adams en disposición de inaugurar en Europa la *Era americana*. Pero el programa del Hotel-de-Ville, adoptado por Luís Felipe, porque las circunstancias se lo imponían, no obtuvo más que un día de triunfo, Lafayette, en 1830 como en 1789 fué juguete de la corona.

Vencido y todo el espíritu democrático, como mientras viviera Lafayette, *el americanismo* del general existía latente en el seno del partido revolucionario, un día ú otro era de prever, que la idea americana hallaría en Francia un espíritu recto que la formularía en todo su rigor científico tanto como bajo el punto de vista de su inmediata aplicación. Este hombre apareció para muchos en el ilustre autor de la *Democracia en América* en Alexis de Tocqueville. Jamás obra sería alguna había obtenido ni ha obtenido en Francia un éxito más extraordinario. Los amigos políticos y los adversarios del autor hicieron justicia á su talento, á sus grandes dotes de observador y de escritor político; puede decirse que el más pequeño de los elogios fué comparar la *Democracia en América* con el *Espíritu de las leyes*. Tocqueville con Montesquieu. El partido democrático aplaudió también entusiasmado y elevó la *Democracia* á la altura del Código de su comunión, y sin embargo no sabía si su autor militaría en sus filas.

Porque es de notar que los tres hombres que providencialmente habían tenido la misión de doctrinar la democracia europea, pertenecían al partido realista y siempre tuvieron para la monarquía una afección ilimitada. En esto se seguía el orden lógico de la manifestación de las ideas. Si el cristianismo no hubiera tenido más representantes que el mezquino sanhedrín de Jerusalén, la idea cristiana no hubiese salido de la ciudad Santa. San Pablo, Tertuliano, los hombres del antiguo orden de cosas por convencimiento unos, por racional adivinación otros, difundieron el cristianismo por toda la tierra. La democracia de sangre francesa formada en los moldes estrechos de la primera república, no podía elevarse á las regiones puras de la idea americana, así ni uno solo de sus representantes había vuelto la cara á América. El americanismo de Lafayette, las profecías de Chateaubriand enardecían los ánimos, no los ilustraban, se creía que por lo mismo que preparaban el triunfo de la república y que le declaraban inminente estaba ya dicho y hecho todo, y que triunfante en París la república, la República francesa y la República americana, en razón de su sustantivo, serían hermanas gemelas. El vicio de la democracia francesa es general á la democracia latina, más entusiasta por la forma que no por las ideas. Por esto no observó lo que claramente revelaba el aplauso unánime que de los doctrinarios obtenía el libro de Tocqueville. Fué necesario que éste publicara la segunda parte de su obra que obtuvo escaso éxito, para ver un tanto claro. Más tarde, Guizot reveló el genio y el carácter de Tocqueville, cuando dijo en el sermo de la Academia francesa «que fué siempre un tanto extranjero al ejército cuya bandera seguía.» Y esto es tan exacto, que Tocqueville fué siempre un tanto extranjero para la restauración, para la monarquía de Julio y para la república.

Hay en Tocqueville mucho de Lafayette, y si éste no llegó nunca á ocupar un puesto en el gobierno de la República francesa, fué, sin duda alguna, por la parte principal que tuvo en los negocios políticos de su tiempo. De haber vivido como Tocqueville en un puesto más secundario, hubiera servido á la república como la sirvió el ilustre autor de la *Democracia en América* con abnegación, con desinterés, pero sin convicción ni entusiasmo.

Ya en la primera parte de su obra concluye diciendo Tocqueville «que no cree que el sistema americano sea el más perfecto ni el más apropiado para hacer feliz á un pueblo, y que no pueden ser las instituciones americanas trasladadas á otro pueblo sin perjuicio, y que la nación que las adoptara en Europa principiaria por abdicar de su posición y acabaría por perder su nacionalidad.» Por esto no se constituyó Tocqueville en apóstol de la idea americana ni cuando el reinado de Luís Felipe, ni cuando la República de 1848. Él mismo lo ha dicho en su correspondencia: «yo no he hecho mas que tomar un hecho tal como existía, y evidenciarlo.» Enemigo de las ideas generales, según propia confesión, de la idea americana, no vió mas que su parte formal, y cayó en el común error de llamar complicada maquinaria á la máquina gubernamental de los Estados-Unidos, sin comprender que su ponderada complicación es como la del reloj, cuya multitud de ruedas y mecanismo obedece al



TOCQUEVILLE

principio más sencillo y elemental del movimiento, al movimiento del péndulo. «Francia,—decía,—no se entusiasmará nunca por el sistema americano; Francia ama las ideas sencillas, claras, terminantes.»

Mas como en todo esto Tocqueville respondía, en verdad, al sentido general de la democracia francesa, á nadie chocaba la contradicción manifiesta de su obra. Ya Chateaubriand se había preguntado si Francia podía ser federalista. Tocqueville decía á los franceses que perderían su nombre y su nacionalidad si adoptaban el sistema americano; así pues, ni Lafayette, ni Chateaubriand, ni Tocqueville, que juntos anunciaban la *Era americana*, concluían en favor de la *idea americana*, porque no supieron ver lo que en ella hay de esencial y de contingente. Con menos horror á la metafísica, Tocqueville se hubiera elevado fácilmente á la síntesis superior que informa la Era americana.

De todo esto se deduce una lección muy provechosa, que ya otras veces se ha dado á la humanidad, pero que ésta, ó no admite, ó no comprende. Dos revoluciones trascendentales se llevaron á cabo en Francia, en 1789 y 1830. Con la primera cambió radicalmente la faz de la sociedad europea, con la segunda se consolidó la obra revolucionaria. El antiguo régimen había vuelto con

Carlos X, el último de los Borbones de Francia, escribió el epílogo de la resistencia del antiguo orden de cosas, muerto ya para la humanidad. Tanto la primera como la segunda de estas revoluciones, se hizo bajo el influjo de América. Lafayette por un tiempo personificó una y otra, y sin embargo, la democracia francesa estaba más distante de la democracia americana que del doctrinarismo monárquico. De esta resistencia pasiva al influjo de América, da tal vez razón suficiente la admiración que Jefferson sentía por la revolución francesa, y la recíproca que para él tenían los demócratas franceses. Tocqueville lo dice terminantemente: «encuentro una gran satisfacción en citar a Jefferson, el gran apóstol de la democracia.» Para los admiradores de Jefferson, la gran obra de Washington, Hamilton, Maddison y Jay, es un logogrifo ó un contrasentido, en Francia, la obra de los federalistas americanos no ha hallado eco en los de la democracia francesa. Algunos espíritus



LABOULAYE

superiores, como Laboulaye, Chaudey, la han defendido, pero al mismo tiempo los verdaderos representantes del sentido democrático francés, Proudhon, entre otros, la han combatido ó desautorizado. Hay, pues, en el fondo de esta resistencia algo de esencial, algo que tiene sus raíces más hondas que en las puras diferencias de escuela. Es el espíritu autoritario, socialista, del pueblo latino, luchando con el espíritu liberal é individualista del pueblo sajón. Distinguir, pues, lo que hay en el fondo de la idea americana de común á los dos pueblos ó que puede llegar á serlo, manifestarlo, evidenciarlo, no es sólo trabajar para la armonía universal de los pueblos, sino, y por lo pronto es lo más trascendental, dar á los pueblos latinos las condiciones necesarias para su regeneración: raza embrutecida por el despotismo de la Roma imperial, la intolerancia religiosa y el absolutismo. Estaba, pues, en lo justo Tocqueville al decir que no convenían á Francia las formas políticas de los Estados-Unidos; en lo que anduvo desacertado fué en no ver en la democracia americana otra cosa más que el desarrollo del principio de la igualdad de condición de todas las clases sociales. Lo que hay en el fondo de la idea americana, lo que hay de verdadero, que es por lo tanto lo que puede ser